



CELAM
CONSEJO EPISCOPAL
LATINOAMERICANO Y CARIBEÑO

SÍNTESIS DE REUNIÓN DEL SÍNODO: Región Andina



DIEZ DIMENSIONES DEL CAMINO SINODAL

RESUMEN

El presente documento es la síntesis del trabajo realizado en la Zona Andina integrada por Bolivia, Colombia, Ecuador, Perú y Venezuela.

La tensión entre inclusión y exclusión es un elemento que recorre el documento de síntesis. Se destaca que en todos los países existe conciencia de la necesidad de incluir más a distintos grupos desde la diversidad cultural, étnica y, también, desde sus diferentes capacidades, por ejemplo, auditivas. En este sentido, hay una mirada afinada de la exclusión: los jóvenes que cada vez se alejan más, pero que, por otro lado, en las comunidades son considerados solamente como servicio, sin considerarlos en la toma de decisiones. O la situación de las mujeres, que participan de manera amplia en la Iglesia con roles secundarios, no porque no tengan las capacidades sino porque se les ha relegado a determinados espacios. Similar experiencia viven los adultos mayores que testimonian la fe con su vida, pero que son poco considerados. En el otro extremo etario sobresalen los niños como sujetos que deben tener espacios propios donde se hable su lenguaje.

Un elemento importante de considerar es la diversidad de regiones al interior de los países. Esto deriva, muchas veces, en la dificultad de acceso a los lugares por la falta de conexión. Esto es destacado pues sumado a la falta de vocaciones, complejiza el apoyo a las comunidades de personas consagradas.

A lo largo del texto, se valora la vida consagrada puesta al servicio de las comunidades. Como consecuencia de la pérdida de vocaciones se pone el desafío de abrir espacios a los laicos, pero esto requiere buenos procesos formativos. La solicitud de formación toca diversos temas, pero aparece más fuerte en temas litúrgicos de manera de acercar a las personas a las celebraciones: por una parte, para acercar la Eucaristía a las necesidades actuales y, por otra, para que quienes la vivan puedan entenderla. Y, si bien se valora la presencia y vigencia de la religiosidad popular en muchos lugares, se percibe también una disminución de participación en la práctica.

1. COMPAÑEROS DE VIAJE

El bautismo es sello de identidad de los que caminan en la zona, así “compañeros de viaje son todos aquellos bautizados que se reconocen hijos de Dios y que gracias

a este Sacramento forman parte de la Iglesia”¹; en especial quienes se encuentran de manera activa y constante aunque no siempre sean los más numerosos.

El proceso sinodal es valorado por dar tiempo para detenerse y encontrarse, es “un Kairós, un tiempo para el pueblo de Dios en camino, en donde las personas han orado, dialogado, escuchado, discernido y tomado decisiones: el pueblo ha sido escuchado y mantiene viva la esperanza de caminar juntos; cada uno desde su propia vocación”². Pero también hay dudas y sospechas por diversos motivos: desde el método pasando por la efectividad y el temor de que sea una iniciativa aislada más.

Se destaca que el espacio de compartir y reflexionar darse cuenta de que se ha dejado de lado a los marginados y que, entre ellos, hay rostros diversos, “hay un fuerte reclamo de que se acompañe con mayor decisión a las poblaciones indígenas, afrodescendientes, campesinas, migrantes, rom, habitantes de calle, divorciados vueltos a casar, parejas en unión libre, personas en situación de prostitución, en condición de discapacidad, con enfermedades mentales, con capacidades distintas, vendedores informales, privados de la libertad, farmacodependientes y adictos a la pornografía, al alcohol o a los juegos de azar”³.

Para comprender la diversidad se debe mirar desde el territorio. Solo desde ahí se puede ver el aumento del tráfico de personas, por ejemplo; en otros lugares quedan fuera los indígenas desde perspectivas centradas en lo pastoral y sacramental o a través de la integración de su cosmovisión. No hay miradas ni respuestas únicas pues cada país y cada diócesis vive contextos diferentes⁴.

Existe consenso de que para llegar a los más alejados se deben crear nuevas estrategias, pues “una Iglesia que sale hacia las periferias existenciales, (...) sin lugar a dudas tiene que renovarse en su acercamiento a los marginados, y a partir de ello, suscitar nuevos espacios en la pastoral diocesana”⁵. En el proceso sinodal hay países que consiguieron más inclusión y lo destacaron en su sistematización: “se puede decir que intervinieron: los fieles que participan de manera activa con una fe madura; aquellos que acuden esporádicamente a actos litúrgicos o pastorales y los que no pertenecen a la Iglesia”⁶.

Una preocupación recurrente es el vínculo con las comunidades de la diversidad sexual: “los participantes piden que la Iglesia venza los prejuicios y no tema aten-

1 Bolivia, p. 1

2 Síntesis sinodal nacional del Perú, p. 3

3 Síntesis del Sínodo de la Sinodalidad en Colombia, p. 8

4 A modo de ejemplo se pueden consultar los anexos de Colombia

5 Síntesis sinodal nacional del Perú, p. 5

6 Colombia, p. 2

der pastoralmente o entablar un diálogo acogedor con la ‘población LGBTIQ+’, así como con la diversidad religiosa”⁷. Una síntesis habla de que éstos se autoexcluyen, junto a otro grupos “tales como los que han abrazado otra confesión religiosa, los que cuestionan o no creen en el modelo de Iglesia, quienes no han recibido una sólida formación cristiana, o quienes por su orientación sexual o situaciones familiares o laborales se han sentido fuera de la Iglesia”⁸.

Sin duda, al hablar de los alejados, por la amplitud de criterios, es donde emerge un mayor número de colectivos: los jóvenes de distintas edades, la condición social, los que creen en otras cosas (otras religiones, agnósticos y sectas, entre otros), los privados de libertad; entre otros muchos.

Se expresa en que *muchas veces no es fácil caminar juntos, pero es posible*. Se constata que es mucho más fácil establecer el diálogo con nuestros iguales, los que piensan como nosotros, pero se abre la pregunta de si esto es realmente lo que propone el mensaje de Jesús.

2. ESCUCHA

La Iglesia tiene espacios de escucha formalizados y utilizados, pero existe otra escucha que se da fuera de la institucionalidad, es la que se da “en las acciones pastorales, especialmente en las parroquias que van más allá de los sacramentos”⁹.

Uno de los aspectos a destacar se refiere a la participación de la vida consagrada, que se ve muy positiva cuando tiene oídos para el Pueblo de Dios, “se valora la presencia de la vida religiosa cuando está al lado del pueblo de Dios a quien los escucha y comprende”¹⁰, pero se ve que hay pocas vocaciones lo que genera dificultades para abarcar territorios que cada vez se les van haciendo más extensos. Esta pérdida de vocaciones devela otro tema que cobra importancia en el horizonte: la sobrecarga sobre algunos miembros de la comunidad. Se constata que “en el camino hubo muchos obstáculos a la hora de la escucha, por ejemplo: estar sobrecargados de muchas actividades, creer que tenemos las respuestas definitivas para todas las situaciones, la indiferencia frente a lo que viven los demás, la falta de agentes pastorales preparados y también una cultura de raíces machistas que todavía está presente en nuestra sociedad”¹¹.

7 Colombia, p. 8

8 Síntesis Nacional Ecuador, p. 8

9 Bolivia, p. 2

10 Id.

11 Id.

Se constata que el proceso de escucha en la fase diocesana ha sido realizado casi exclusivamente al interior de las comunidades cristianas. El grado de escucha a nivel diocesano, zonal y parroquial es aún deficiente¹². En este sentido se constata que *“nuestra iglesia se encuentra ‘en deuda de escucha’”*¹³.

El clericalismo como obstáculo para la escucha es una realidad que cruza toda la zona. En algunos casos aparece mencionado como autoritarismo, porque cuando pocos concentran el poder no permiten que otros sean escuchados ni que puedan hablar por temor a ser juzgados, no solo por las autoridades sino por la comunidad. En ocasiones priman los prejuicios y lo que se persigue es tener la razón, por lo que los oídos están cerrados. *“Hemos evidenciado que el clericalismo nos impide escucharnos ya que el clérigo, desde su autoreferencialidad, con demasiada frecuencia tiene dificultad para acoger al ‘diferente’ y de orientar su ministerio hacia los alejados, los más pobres e incluso hacia sus mismos hermanos presbíteros.”*¹⁴

Otros problemas se vinculan con estar atentos a la opinión del otro y considerarla -independiente que estemos de acuerdo o no-, *“algunos no se han sentido acogidos para el diálogo cuando quieren dar a conocer sus ideas sobre los planes pastorales, una mejor administración eclesiástica o perspectivas de cambio que sean incluyentes”*¹⁵, se habla de la necesidad de abrir mayores espacios en la toma de decisiones a los laicos, que no es sólo darles el espacio para emitir opiniones, se trata de generar espacios para ser escuchados.

Respecto a grupos que no son escuchados se hace hincapié en los jóvenes y las mujeres, *“se ve con mucha preocupación la poca participación de las mujeres y jóvenes en el discernimiento y decisiones pastorales”*¹⁶.

Sobre los jóvenes existe consenso de que no se sienten escuchados, en muchos casos limitando se su participación a tareas de servicio, *“manifiestan que mayormente son destinados a labores de limpieza y logística”*¹⁷. Surge la pregunta, cuando se habla del deseo de que haya jóvenes en la Iglesia ¿para qué se quiere que estén? Independiente de la respuesta, es importante cambiar el foco de la mirada de los adultos y entenderlos en su propia realidad pues *“más allá de que nos acostumbremos a verlos ‘cargar las sillas para un evento de la parroquia’, se trata de verlos liderar y aportar (...) a un verdadero caminar juntos (...) abrir una escucha horizontal que permita que estos se apropien de sus habilidades y anhelos que les permita*

12 Ecuador, p. 9

13 Ecuador, p. 9

14 Id.

15 Colombia, p. 3

16 Ecuador, p. 27

17 Venezuela, p. 5

transformar la realidad, tanto eclesial como social”¹⁸. Si se quiere “privilegiar el futuro generacional del Pueblo de Dios. Se pide avanzar en la predilección evangelizadora de los niños, adolescentes y jóvenes”¹⁹, por lo que deben abrirse oportunidades de diálogo que debería partir escuchándolos sin prejuicios.

En el caso de las mujeres hay un reconocimiento de la necesidad de que tengan más participación, su labor fundamental, sin embargo las preguntas que surgen son ¿ellas están en los roles que quieren o están relegadas a determinados espacios? ¿Es lo que quieren ser o es más bien lo que pueden/deben ser? Incluso la persistencia de sociedades machistas que también se vive al interior de las comunidades eclesiales, lo que se exacerbó con la pandemia, “la violencia contra las mujeres es un grave problema (...) se ha evidenciado de mayor índice en la pandemia, víctimas y victimarios que desenvuelven sus relaciones interpersonales situados en un contexto de violencia (...) La Iglesia debe pronunciarse ante estas realidades sociales, y es necesario que sean en acciones concretas y participativas que permita resaltar el papel protagónico en la Iglesia, pues no se trata de un asunto feminista (como algunos quieren señalarlo) sino de dignidad humana”²⁰.

En las mujeres hay una tensión que se aprecia en el testimonio silencioso: son mayoría, sin embargo, su servicio no es valorado. Por ello, algunas diócesis levantan la voz: “renovar las estructuras eclesiales para lograr mayor presencia de los laicos, especialmente del liderazgo de la mujer, no solo en la ejecución de actividades concretas, sino en los procesos de evangelización y en organismos eclesiales”²¹.

Respecto a los que deben ser escuchados porque no han tenido oportunidad de ser oídos, se destaca que hay grupos que “gritan por ser escuchados en sus necesidades y demandas, en ser acogidos como lo que son: seres humanos (...) algunas diócesis del país ya han dado paso a estas iniciativas (diálogo interreligioso, con la comunidad LGTB, etc.) y ahora con este proceso sinodal, deberán ser ampliados, replicados y profundizados”²². Finalmente, si bien se valora el tiempo y el espacio de escucha, aún existe recelo, “a pesar de eso hay muchas dudas sobre si los aportes que han nacido de esta fase de escucha serán realmente tomados en cuenta para este proceso de renovación eclesial.”²³

18 Perú, p. 7

19 Colombia, p. 7

20 Perú, p. 7

21 Colombia, p. 7. Mencionado también en Venezuela y Ecuador.

22 Perú, p. 5

23 Ecuador, p. 25

3. HABLAR CLARO

“Hemos visto con admiración que el amor es la clave de la comunicación”²⁴. Hay una relación profunda entre la escucha y el hablar claro: 1) para ser escuchado debo tener capacidad de hablar; 2) que mi interlocutor me comprenda y 3) la certeza de que mi opinión será considerada. Es siempre un camino bidireccional. Se identifican distintas instancias pensadas para dar voz a la comunidad y que están bastante consolidadas “a nivel parroquial están las reuniones de los Consejos Parroquiales, las reuniones de grupos y agentes pastorales, movimientos eclesiales. Estructuras como las reuniones de Vicarías Episcopales, las Asambleas Vicariales y a nivel jurisdiccional están las Asambleas Pastorales”²⁵. Pero se necesita además “incentivar la presencia de los laicos en los consejos pastorales. Crear una atmósfera de confianza para sentir la libertad de hablar con verdad, claridad, valentía (parresía) y prudencia. Ser una Iglesia abierta, sin exclusivismos, ni intereses de algunos”²⁶.

Un obstáculo es que -a veces- las estructuras de poder no permiten que los fieles se sientan dispuestos a hablar directamente y, en esto, es central el rol de los sacerdotes como agentes que propicien espacios para que los laicos puedan sentir la libertad de expresarse. Como se señalaba en la escucha, se percibe el clericalismo, pero no solo desde los sacerdotes, sino también de los laicos. Si se manifiesta en la escucha, por contraposición también impacta en el habla: “tenemos miedo de hablar y nos asusta hacer una lectura crítica de la realidad porque nos compromete a ayudar a transformarla”²⁷.

Se señala como *dificultad para el habla*, lo que algunos llaman el anti-testimonio, relacionado con los abusos de distintos agentes de la Iglesia desde espacios de poder. Si bien no aparece con la misma intensidad en todos los países, ni en todos bajo ese concepto, se destaca que “el anti-testimonio de muchos agentes de pastoral debilita el anuncio ya que una palabra que no está refrendada con la vida del evangelizador no es escuchada en toda su fuerza.”²⁸

“Reconociendo que existen historias de dramas a causa de maltratos y abuso de niños y niñas, en los espacios de familia, de educación y de Iglesia, el Espíritu llama a fortalecer y acompañar la pastoral específica promoviendo una cultura del buen

24 Ecuador, p. 11

25 Bolivia, p. 2

26 Ecuador, p. 11

27 Bolivia, p. 3

28 Ecuador, p. 15

trato”²⁹, y la mejor manera de enfrentar esta dolorosa situación es reconociéndola, afrontándola, creyendo a las víctimas, apoyando y también generando espacios para que eso no suceda más, es muy interesante cuando se destaca crear espacios para niños. Pues hablar y poner en palabras lo que sucede, lo hace real y ante eso se está obligado/a a comprometerse.

Se destacan figuras que son un testimonio vivo que es necesario rescatar: las personas mayores que son testigos constantes y a quienes no se valora su participación. Algo similar ocurre con las mujeres, desde ahí cabe preguntarse por cómo se pueden potenciar los testimonios de quienes comunican la buena nueva a través de su vida y sus acciones y cómo darles el valor que corresponde al “testimonio vigoroso de fe probada en los adultos mayores: muchos de ellos son servidores en tareas oportunas de la vida parroquial y (...) testigos de la vida y de la historia de la parroquia”³⁰.

Como requisito para hablar claro es preciso compartir el lenguaje, no se puede generar diálogo si no se habla para que los demás entiendan. En ocasiones se indica que no existe diálogo y, en ese contexto, el testimonio es un lenguaje crucial para comunicar, para dar cuenta de la Buena Noticia de manera comprensible al Pueblo de Dios.

Se plantea finalmente una reflexión sobre las redes sociales que, si bien fueron una oportunidad en la pandemia pues permitieron mantener la cercanía y fueron “un canal para evangelizar, como en los momentos de distanciamiento social”³¹, demanda la formación a todos los fieles para aprovechar los entornos digitales en estos contextos, sin que esto afecte la participación presencial y activa.

4. CELEBRACIÓN

Las síntesis señalan que la Eucaristía y otras celebraciones son espacios que promueven la participación de toda la comunidad, pero señalan que hay “poca participación activa en la liturgia”³². Entre las posibles causas se señala el limitado tiempo que disponen los pastores para las comunidades.

Los espacios de oración y devoción, el ejercicio comunitario de la Lectio Divina, alimentan la espiritualidad, inspiran un sentido de pertenencia y animan “la vi-

29 Venezuela, p. 5

30 Id.

31 Venezuela, p. 7

32 Bolivia, p.3

vencia del encuentro personal y profundo con Jesucristo”³³. “Es la comunidad viva que sabe abandonarse a los brazos de su Dios en la hora de la tribulación y que también sabe agradecer los favores concedidos”³⁴, “es la vida celebrada y orada en cumpleaños, fallecimientos, salud; como también en efemérides, fiestas patronales y diferentes expresiones de religiosidad popular”³⁵.

Sin embargo, pese a toda esa riqueza “la mayoría de bautizados desconocen esta fuente de comunión como Pueblo de Dios”³⁶; por ello, “es necesario tomar en serio los equipos litúrgicos, fomentar los servicios y ministerios, porque la participación activa merece y requiere un mínimo de formación”³⁷. Sin formación, se acrecienta el riesgo de que la celebración pierda densidad, se vuelva superficial. Se manifiesta la percepción de que “la celebración de la Eucaristía (...) se ha tornado aburrida, en especial para los jóvenes. Se ha ido degradando, cayendo en ritualismos sin formación y compromiso (...) Los bautizados desconocen su compromiso por la escasa o nula formación litúrgica, bíblica y espiritual. La participación en la celebración eucarística es comprendida como una obligación...”³⁸

La carencia de formación afecta a todos y todas se señala como un factor que aleja la celebración la “preparación y realización de la homilía, motivo de inconformidad de muchos participantes (...) pues se dedica a temas no relacionados con la Palabra de Dios y a la doctrina de la Iglesia, o es desconectada con la vida cotidiana de las personas”³⁹.

Una síntesis señala que “el Pueblo de Dios manifiesta su comunión cuando en las diferentes instancias de la Iglesia, se desarrollan encuentros de vida donde se escucha, dialoga, discierne y celebra para llegar a acuerdos y responder a los desafíos pastorales”⁴⁰. En este sentido, las síntesis proponen distintos caminos para animar la celebración de la vida:

- a. Crear estrategias litúrgicos-pastorales para las celebraciones, promoviendo la participación activa de todos los fieles
- b. Procurar que la celebración Eucarística, se proyecte a la vida, a la participación y al compromiso social...;

33 Colombia, p. 3

34 Perú, p. 7

35 Cf. Bolivia, p.3.

36 Venezuela, p. 3

37 Bolivia, p. 3

38 Ecuador, p. 11

39 Colombia, p. 6

40 Venezuela, p. 3

- c. Fortalecer la ministerialidad, a través de “homilías participativas” ...
- d. Vincular activamente a los laicos en la liturgia a través del ministerio extraordinario de la comunión, el acolitado y el lectorado.
- e. Reconocer y valorar más el diaconado permanente y este, ser consciente de su esencia que no se reduce al aspecto litúrgico.
- f. Promover los ministerios laicales para la tarea de acompañamientos a lugares más lejanos del templo, brindar asistencia a los enfermos y llegar a lugares donde el párroco no puede llegar.

Una mención destacada se refiere a la religiosidad popular y culturas de las naciones originarias. Es un “trabajo pendiente profundizar y/o escuchar esas voces e inclusive, comunicarse en su misma lengua nativa, para consolidar el proceso de inculturación...”⁴¹. Pero la inculturación de la liturgia va más allá (o más acá). Se trata “que sea viva, consciente, espiritual y participativa, sin descartar nuevos escenarios (...). Se escucharon voces que piden la integración de lenguaje de señas y sistema braille. Asimismo, varias jurisdicciones, en donde existe una fuerte presencia de población indígena y afrodescendiente, sueñan con la inclusión más efectiva y adaptada de la riqueza cultural de estos pueblos, no solo a través del uso de sus cantos y dialectos, sino mediante la promoción de vocaciones sacerdotales y religiosas de origen étnico”⁴². Asimismo, “hay un reto pastoral de fortalecer los valores de una Iglesia con rostro amazónico, rescatando, revalorando y potenciando la cultura y tradiciones como riqueza para la evangelización. (...) Urge crear una pastoral para las comunidades de los pueblos originarios en donde se resalte el papel protagónico de las comunidades autóctonas, se crean espacios para la escucha de los pueblos y las comunidades”⁴³.

Se sueña una parroquia “donde exista cuartos de juegos y misas especiales por los niños”⁴⁴; una parroquia con espacio para los jóvenes, que acoja e involucre a familias y a parejas sin el sacramento del matrimonio. “Estamos llamados a crecer como compañeros, caminando juntos, sobre todo con los excluidos, acogiéndolos como hizo Cristo. (...) a vivir la Iglesia como Pueblo de Dios, tal y como nos lo recordó el Concilio Vaticano II”⁴⁵.

41 Bolivia, p. 4

42 Colombia, p. 9

43 Perú, p. 9

44 Venezuela, p. 11

45 Ecuador, p. 11

5. COMPARTIR LA RESPONSABILIDAD DE NUESTRA MISIÓN COMÚN

En esta dimensión las síntesis reconocen los esfuerzos para animar la participación y el compromiso de los laicos y laicas, sin embargo, surge una primera pregunta respecto de si la participación es sinónimo de corresponsabilidad, y una segunda es por los espacios donde se vive la corresponsabilidad.

En las comunidades en que existe un plan pastoral estructurado “se denota un dinamismo que genera la comunión y fortalece la vida pastoral y de evangelización en la Iglesia local” y valorando el “compromiso misionero (...) que se hizo evidente en los esfuerzos innovadores de evangelización en pandemia”⁴⁶. Esos signos anuncian que los laicos y laicas quieren asumir su responsabilidad como bautizados.

Existen ámbitos donde los laicos son mayoría: catequistas, monaguillos, ministros extraordinarios de comunión entre otros; pero muchas veces su acción queda centrada en lo sacramental. En este sentido, se valora la participación laical en las tareas eclesiales, el rol de las personas mayores como fuente de transmisión de la fe, el dinamismo de la vida comunitaria en la evangelización de otras comunidades, las comunidades educativas católicas, públicas y privadas de educación, pero se ponen alertas frente al riesgo de caer en el clericalismo por parte de los laicos y “para ello se necesita una visión y comportamiento más horizontal y menos vertical”⁴⁷, así como prevenir situaciones en las que “las responsabilidades que se asumen (...) en ocasiones están marcadas por el protagonismo individualista y excluyente que produce la resistencia al cambio”⁴⁸.

Existen convocatorias para que los bautizados se sientan parte activa de la misión a través de distintos medios que “buscan crear pequeñas comunidades de vida, formar a sus integrantes de manera procesual en la fe y en la vivencia de los sacramentos, incentivar la participación mediante etapas de compromiso y tener incidencia social”⁴⁹, pero hay voces críticas porque la “corresponsabilidad en la misión no siempre ha sido asertiva, ya que las comunidades eclesiales algunas veces llegan a presentarse como élites exclusivas dentro de la acción pastoral y litúrgica”⁵⁰.

La corresponsabilidad en la misión se hace cada vez más necesaria pues hay muchos lugares sin atención permanente y “es necesario fortalecer las misiones en dichas zonas empoderando a los mismos habitantes a la participación de los diver-

46 Venezuela, p. 4

47 Bolivia, p. 4

48 Venezuela, p. 3

49 Colombia, p. 4

50 Id.

sos ministerios que edifiquen la comunidad, pero ejerciéndolos desde sus cosmovisiones, raíces culturales, y forma de vivir el evangelio. Que se logre una Iglesia autóctona, carismática y ministerial (sinodal)”⁵¹.

Por otra parte, la corresponsabilidad tiene una dimensión especial en una iglesia en salida y, en este campo, “tanto laicos como pastores y consagrados, han expresado sentirse solos en sus tareas de defensa de la Casa Común, los Derechos Humanos, la justicia social, el trabajo con los pobres y la evangelización de la política, como si algunos temas no estuvieran en el corazón de todos”⁵² y, se puede agregar, en el corazón de la misión, pues “la Iglesia llega hasta donde haya comunidades que prediquen y enseñen la fe y la expresen con la caridad”⁵³.

En un escenario de disminución de ministros ordenados, los laicos contribuyen a hacer presente la Iglesia entre los más alejados y aunque “encuentran muchas dificultades para sentirse corresponsables de la misión. (...) empiezan a tomar conciencia de su responsabilidad, por esto no es raro encontrar en ellos el miedo, la vergüenza, la inexperiencia, pero sobre todo la ilusión y el entusiasmo”⁵⁴.

6. EL DIÁLOGO EN LA IGLESIA Y LA SOCIEDAD

En la zona se reconoce el rol histórico que ha desempeñado la Iglesia en defensa de los más vulnerados, en la promoción humana; como mediadora “tendiendo puentes a nivel social y político, en situaciones de conflicto, desde un diálogo abierto en la búsqueda de la verdad”⁵⁵; “en los procesos de paz y de reconciliación”⁵⁶ en medio del conflicto armado. Un momento en que la Iglesia retomó un rol de solidaridad y cuidado fue en el período más álgido de la pandemia, donde fue testimonio de compromiso y solidaridad. Realmente, “la solidaridad ha sido el testimonio de la Iglesia en el mundo”⁵⁷

Algunos de los ámbitos de mayor diálogo y vinculación Iglesia-sociedad son los campos de la educación, la promoción social, la justicia, la defensa de la vida humana en temas como el aborto, la eutanasia y el suicidio asistido, la paz social; el desarrollo de la cultura, la libertad religiosa, entre otros. Así como el rol de ani-

51 Venezuela, p. 11

52 Colombia, p. 4

53 Venezuela, p. 10

54 Ecuador, p. 13

55 Bolivia, p. 5

56 Colombia, p. 2

57 Perú, p. 5

mación pues históricamente “ha estado en el origen de muchas organizaciones, asociaciones, voluntariados e iniciativas de incidencia social, algunas de las cuales sigue gestionando”⁵⁸.

Sin embargo, dicha participación ya no se da en las mismas condiciones, por distintas causas. Por un lado, una síntesis señala que “se percibe (...) una clara fractura entre Iglesia y sociedad. Aquella es vista como una institución reaccionaria y poco propositiva, alejada del mundo de hoy”⁵⁹, la misma síntesis está la autocrítica que señala “la responsabilidad es nuestra, porque no sabemos comunicar bien todo lo que somos y hacemos”⁶⁰; otro foco de conflicto son “las ideologías, políticas partidarias y mentalidades pueden dificultar la escucha”⁶¹; y, para un tercer elemento tiene que ver con un distanciamiento Iglesia-sociedad por el “temor de que se vea a la Iglesia inmersa en cuestiones políticas o con atisbos de favorecer a ciertos grupos”⁶² y así “evitar la instrumentalización política de la Iglesia”⁶³.

Se enfatiza en la necesidad de que la iglesia retome su rol profético en el mundo en que vive y promueva “la defensa de los derechos humanos, la reforma agraria, una pastoral en el ámbito de la política, con acompañamiento espiritual a los gobernantes del orden nacional y local, que no deje solas a las comunidades golpeadas por la violencia”⁶⁴, así como el acompañamiento “a las organizaciones indígenas que levantan su voz defendiendo sus tierras como también a organizaciones civiles en defensa de los derechos del pueblo, o intervenciones en conflictos mineros (pues) estas comunidades no solo defienden sus vidas sino también las de la Tierra”⁶⁵.

En el diálogo con la sociedad laicos y laicas tienen un papel muy importante sobre todo en el diálogo con las organizaciones sociales, “por ello han de asumir su protagonismo y compromiso en la evangelización”⁶⁶. En este sentido se destacan los esfuerzos para que miembros de comunidades se integren a organizaciones sociales como “juntas de vecinos, instituciones gubernamentales, colegios”⁶⁷, aunque no siempre los resultados sean los esperados. Se valora también la presencia

58 Colombia, p. 5

59 Ecuador, p. 16

60 Id.

61 Bolivia p. 2. Se señala entre las dificultades para el diálogo el tema LGBTQI y el diálogo interreligioso.

62 Perú, p. 6

63 Bolivia, p. 5

64 Colombia, p. 9

65 Perú, p. 6

66 Bolivia, p. 5

67 Id.

de religiosos y religiosas que dan testimonio de “trabajo con los pobres y los más vulnerables. Sin embargo, también existe el reclamo para que esta presencia sea más sistemática y vinculante”⁶⁸.

Una síntesis señala que se requiere un mayor acercamiento y apertura para alianzas, más inclusión y transparencia, agregando a los empresarios entre los actores que desean contribuir con sus valores, tradiciones y conocimientos y no solo como proveedores de fondos⁶⁹.

Existe conciencia de que la Iglesia debe descubrir y acercarse a las nuevas periferias y encontrar y construir allí nuevas alternativas de acción pastoral comenzando con la escucha y el diálogo. Falta estar más atentos a “las distintas formas de discriminación y marginación que se dan con respecto a las mujeres por ser mujeres, pobres y, también, por ser indígenas”⁷⁰.

En ese escenario, los caminos apuntan a fortalecer el diálogo y la formación en la dimensión cultural, social y política para crear espacios de escucha y acogida a todo el que quiera dialogar. Esta debiera ser una responsabilidad, esencialmente, laical.

7. ECUMENISMO

En la provincia bolivariana existe cierto nivel de diversidad respecto al tema, pero sigue siendo un espacio de deuda por diversos motivos, entre ellos “prejuicio y por cierto ‘fundamentalismo católico’”⁷¹, a lo que se suman malas relaciones, malas experiencias o falta de comprensión. En algunos casos, cuando se logra realizar encuentros se indican dificultades “sobre todo por el tono beligerante y polemista que suelen usar algunas de estas entidades religiosas”; pero en paralelo se manifiesta que “muchos católicos creen, pero no viven lo que creen” y “me fui [de la Iglesia Católica] porque me visitaban más los evangélicos que ustedes.”⁷² Los sentimientos hostiles se dan en ambas direcciones.

Si bien existen instancias de diálogo ecuménico, estas varían desde diálogos permanentes y sistemáticos o actividades eventuales. Una síntesis señala que “en nuestro camino sinodal la experiencia ecuménica ha sido significativa, hubo cristianos de otras confesiones que participaron en el proceso de discernimiento. El ecumenismo tiene una expresión propia en Venezuela con la semana de oración por la unidad

68 Colombia, p. 5

69 Cf. Venezuela p.6.

70 Este concepto de discriminación múltiple en documento de Ecuador p. 16.

71 Colombia, p. 4

72 Colombia, p. 5

de los cristianos, con jornadas de reflexión y acciones caritativas conjuntas”⁷³. Pero en la mayoría “el ecumenismo se ha reducido a la semana de oración por la unidad de los cristianos o a alguna actividad formativa planificada dentro del año que muchas veces toma una forma apologética.”⁷⁴

Cuando existen experiencias exitosas se señala que “si bien es difícil la convivencia, al final se llega al respeto mutuo en la vida cotidiana; el respeto a la diversidad y oración común; y se informan acciones de cooperación en salud, educación y atención a los más necesitados”⁷⁵. La pandemia fue un tiempo de aprendizaje de acción ecuménica.

Para quienes quieren acercarse y hacer cosas en común, las acciones concretas son una buena oportunidad de acercamiento, pero la pregunta es por el cómo construir un vínculo permanente y acciones que lleven a una manera nueva de ser en el mundo. ¿Cómo realizar una manera ecuménica de vivir en comunidad?

Frente a esas preguntas emergen repuestas “abrir espacios de escucha y diálogo activo y armonioso en defensa de nuestra fe, orar, ser tolerantes, aprovechar los recursos tecnológicos para organizar espacios de encuentro, entablar conversaciones asertivas. La pandemia, en este sentido, nos ha permitido ir construyendo puentes interreligiosos. Recordemos las jornadas de oración de los líderes religiosos (...), que nos permitió expresar unidad en la plegaria, sin distinciones ni rangos”⁷⁶.

8. AUTORIDAD Y PARTICIPACIÓN

La autoridad eclesial es entendida como un servicio, tanto para clérigos como para laicos y responde a la necesidad de estar organizados para la misión que nos fue confiada. “Replantear, entender y asumir el Liderazgo-servicio, no como poder ni preferencia, sino construir vida auténticamente comunitaria, abierta a la diversidad”⁷⁷.

Esta autoridad demanda cercanía, celo y asumir con misericordia las limitaciones propias y de las mismas comunidades, para no caer en la tentación de imponer gobiernos eclesiales (diocesanos, parroquiales, comunitarios) autoritarios que pueden parecer más eficaces pero que, a la larga alejan a los fieles, “la autoridad en la Iglesia no es el poder de imponer a los miembros las decisiones de “un jefe”, sino la

73 Venezuela, p. 6

74 Ecuador, p. 17-18

75 Bolivia, p. 5

76 Perú, p. 8

77 Perú, p. 5

capacidad de suscitar una conversión”⁷⁸. Se trata de una participación que no solo es cuantitativa -que participen más personas- sino cualitativa -que la participación sea real-.

Una dificultad que aparece en todas las síntesis es el clericalismo, como un ejercicio unilateral del poder. Este se manifestó, incluso en el proceso sinodal donde hubo “algunas resistencias por parte de un grupo de sacerdotes que no aceptaron el llamado porque se sienten profundamente incómodos al ser confrontados en sus acciones personales y evangelizadoras; de igual modo, varios laicos mostraron cierta apatía por estos temas”⁷⁹. Todas las síntesis se refieren al clericalismo como una actitud que “fractura la comunión e impide visibilizar la autoridad como servicio”⁸⁰.

Los laicos refieren que “cuando se trata de trazar objetivos en la misión (...) no siempre son tenidos en cuenta. Muchos no conocen los planes evangelizadores de las diócesis y de las parroquias”⁸¹ pero también se señala que “el pastoreo y cuidado del afecto de los fieles se ha asumido como tarea exclusiva del párroco, (lo que) evidencia desarticulación y falta de conciencia en la corresponsabilidad en la pastoral de la Iglesia”⁸². Es decir, laicos y laicas pueden asumir el rol de pastores y pastoras en el acompañamiento, pero “aún persiste una visión de la Iglesia cimentada sobre el sacramento del orden, que sobre el sacramento del bautismo”⁸³, con excesiva concentración de la autoridad en el sacerdote y personas designadas por él, “sin dar espacio y lugar a que otros se sumen”⁸⁴. En ese escenario se valora a aquellos que “promueven la conformación de los consejos pastorales y económicos en las parroquias a su cargo (...) Varios de los más comprometidos señalan la apertura que ha habido en los últimos años en las asambleas de servidores”⁸⁵.

Para que el clero asuma otra mirada se requiere desarrollar “desde los seminarios y en su formación continua la vida apostólica en clave de sinodalidad y corresponsabilidad, reconociendo el rol propio de los fieles laicos, entendiendo la autoridad no como poder, sino como servicio”⁸⁶. Asimismo, se pide que los sacerdotes aprendan a reconocer, valorar y respetar procesos pastorales de los lugares a donde son designados.

78 Bolivia, p. 6

79 Colombia, p. 1

80 Venezuela, p. 4

81 Colombia, p. 5

82 Venezuela, p. 7

83 Ecuador, p. 20

84 Ecuador, p. 19

85 Colombia, p. 5

86 Ecuador, p. 19

Los laicos quieren y valoran los carismas de los ministros ordenados y de la vida religiosa, cercanos a su vida y que valoren su compromiso y capacidades laicales. Los laicos y laicas quieren participen de manera activa y coherente, pero está en manos de los responsables de las parroquias crear espacios donde el protagonismo sea compartido.

9. DISCERNIR Y DECIDIR

El discernimiento no es solo una propuesta metodológica sino *un camino espiritual*. Asimismo, no se debe confundir la sinodalidad solo con la “democratización” de las estructuras eclesiales. Discernimiento y participación en las decisiones comunitarias aparecen como dos etapas de un proceso, aunque cada una vale por sí misma.

Si bien dicen que es necesario “fortalecer y recrear los grupos, movimientos, instituciones, consejos parroquiales y todas las instancias eclesiales y pastorales, para que tengan una representación en las asambleas y puedan participar de manera más activa y comprometida en la vida y misión de la Iglesia”⁸⁷. También se observan obstáculos tales como el poco ejercicio del protagonismo de los bautizados -la pasividad-; poco conocimiento de los planes pastorales; el clericalismo y centralización de la toma de decisiones en el párroco a lo que se suma la falta de tiempo “pues a las actividades pastorales se suman las obligaciones administrativas, (...) la escasez vocacional”⁸⁸ entre otras.

Se percibe que son cada vez más las parroquias y diócesis que cuentan con los organismos de participación eclesial: del Consejo Pastoral, Consejo Económico y Consejos de consultores, pero cada avance implica también el deseo de ir más allá.

Para ello se proponen y animan nuevos caminos: promover la misión compartida entre sacerdotes, laicos y consagrados; que todos puedan participar en las instancias de decisiones; superar la mentalidad machista y clericalista; mejorar la formación integral de los agentes pastorales: teológica, espiritual, sinodal, social, humana y misionera⁸⁹. Otra síntesis agrega incorporar a los laicos a los mecanismos de manejo de bienes y a otros asuntos económicos a nivel diocesano y parroquial para favorecer la colaboración, la transparencia y el correcto uso de los bienes materiales, que incluya aumentar la financiación de proyectos pastorales⁹⁰. A estas sugerencias se suma que se siga integrando la voz de las mujeres, los jóvenes y las periferias en los momentos de discernimiento.

87 Bolivia, p. 6

88 Colombia, p. 5-6

89 Cf Bolivia, p. 6

90 CF Colombia, p. 7

Un punto señalado en una de las síntesis es muy específico respecto del aporte de las congregaciones religiosas en “un creciente ejercicio de este discernimiento y decisión enraizada en la tradición de la vida consagrada”⁹¹. Sin embargo, no se ve necesariamente un correlato en las comunidades parroquiales.

Además, se suma un ámbito de discernimiento necesarios frente al desafío “en la prevención del abuso sexual de los menores de edad y personas vulnerables, que deben ser uno de los tesoros más valiosos de la sociedad”, es preciso “responder a este gran desafío y promover un cuidado atento, respetuoso e integral de la niñez, generando instancias diocesanas para la prevención de abusos sexuales y la atención y reparación integral”⁹².

Discernir y decidir implica “tener un corazón abierto a la gente para escuchar sus ideas” de esa manera la gente siente que la iglesia (la parroquia) es “suya” y se hace partícipe en todas las dimensiones de la vida comunitaria: rezar juntos, trabajar juntos, celebrar juntos, pensar juntos, “caminar juntos”, para ser una Iglesia en salida.

10. FORMARNOS EN LA SINODALIDAD

El proceso sinodal abre posibilidades, preguntas, desafíos y necesidades. En varios momentos de las síntesis se menciona la necesidad de saber más que es el discernimiento y la sinodalidad pues “pocos conocen el tema de la sinodalidad y quisieran saber más. Varios se han cuestionado por ciertos estilos que se perciben en los seminarios y casas de formación al sacerdocio, que parecieran encaminar a los futuros ordenados hacia una vida acomodada, se les observa muy “encerrados en su mundo” y a veces no dispuestos al trabajo en las periferias, sino a la celebración ritual”⁹³.

En este sentido el proceso sinodal abre desafíos importantes a toda la vida eclesial, “comenzando por la catequesis (...) pasando por la formación permanente en Sagrada Escritura, documentos magisteriales, espiritualidad y todo lo que conlleva los contenidos de nuestra fe, y concluyendo con el estudio de Doctrina Social de la Iglesia y, por tanto, temas de la realidad” pero, además, la formación aparte de los contenidos debe tener una forma sinodal abriendo “espacios de encuentro para intercambiar experiencias pastorales e identificar oportunidades de sinodalidad”⁹⁴.

Entre las sugerencias y/o demandas se puede destacar

91 Perú, p. 7

92 Perú, p. 8

93 Colombia, p. 6

94 Bolivia, p. 7

a. Formación de sacerdotes:

- i. que sea no solo académica, sino en clave de discernimiento vocacional (...) que favorezca una espiritualidad de la sinodalidad que privilegie el encuentro con Jesucristo, desde los excluidos, con madurez afectiva, sin pretensiones de poder y en la perspectiva de conformar comunidades inclusivas. Considerando temas de ecología integral, pueblos originarios, inculturación e interculturalidad y pensamiento social de la Iglesia.
- ii. Fortalecer el diaconado y los ministerios laicales para llegar a aquellos espacios más alejados.
- iii. Voces, no recurrentes pero que son recogidas en la síntesis, expresan: que los sacerdotes que han dejado de ejercer el ministerio sean vinculados en la misión de una manera más activa; que los hombres casados puedan acceder al presbiterado (*virī probatī*); que se reflexione en torno al celibato opcional. A ello se suma una mención de que las mujeres puedan ser ordenadas en el ministerio jerárquico⁹⁵.

b. A nivel parroquial y comunitario se habla de:

- iv. Fomentar la sinodalidad entre el Pueblo de Dios, promoviendo la capacidad de diálogo y de escucha a la luz del Evangelio y configurando itinerarios formativos con este enfoque.
- v. Elaborar planes pastorales orgánicos y estructurados que incluyan todas las áreas pastorales para llegar a todos los lugares, sin excluir a nadie. Planes discernidos, fruto del encuentro, escucha, discernimiento y oración; que respondan a la realidad y sean asumidos por toda la comunidad y que incorporen estrategias para acoger a la diversidad de sectores marginados.
- vi. Renovar la estructura parroquial para que toda ella sea evangelizadora, creando comunidades de discípulos misioneros donde los pastores trabajen mancomunadamente con los fieles laicos, evaluando y renovando periódicamente los cargos.
- vii. Desarrollar una cultura del cuidado por parte de todos los agentes de pastoral para garantizar ambientes confiables para los niños, adolescentes y adultos vulnerables, así como apoyar y acompañar a las víctimas de abusos sexuales, de poder y de conciencia.

95 Cf. Colombia, p. 10

- viii. Promover una pastoral de la ecología integral, tanto humana como ambiental, que ayude a vencer la indiferencia con respecto a estos temas.
- c. En clave de procesos personales
 - ix. Facilitar procesos de reconciliación personal, eclesial y social que ayuden a la sanación, el perdón y la consecución de la paz.
 - x. Buscar estrategias creativas para reactivar la espiritualidad y el compromiso de los laicos.

Trabajar por una Iglesia en salida, acogedora y misionera, llama a relevar la ecle-siología del Concilio Vaticano II, redescubriendo y valorando la común dignidad de los bautizados y bautizadas, llamados a la santidad y a la participación en la construcción del Reino de Dios.

